

su espíritu, la delicia de sus afectos, la vida de su corazón: Ella no podía dejar de participar de esa vida, de esa delicia, de esa alegría.

Busquemos, pues, carísimos hermanos, busquemos de esa suerte al Señor; y, yo os lo aseguro, le encontraremos igualmente. Busquémosle hoy, que aún es tiempo: *Quaerite Dominum dum inveniri potest.* (Is. LV, 6.) Busquémosle, precisamente, allí donde le encontró María; en el Templo, en medio de los doctores, es decir, en la oración, en la lectura de libros de devoción, en el recogimiento de nuestro espíritu. En nuestra unión con Dios se embellecerán nuestras flores, se animarán nuestros colores, nos veremos convertidos en unas plantas las más maravillosas y agradables. ¡Oh! no demoremos más! Jesús está ahí, encerrado en el sagrario, dispuesto á revelarse á nuestros corazones, si de veras le invocamos. María os lo está mostrando por medio de esa imagen suya sacratísima; y, en prenda de seguridad, os señala el corazón de Él, traspasado por nuestro amor.

¡Oh Madre! que en la unión con vuestro Hijo santísimo cifrateis toda la santidad de vuestro espíritu; ¡ah! alcanzadnos la gracia de que podamos en este instante abrazar de nuevo, arrepentidos, á nuestro amoroso Dios. Harto hemos sentido ya nuestra desdicha, viviendo apartados de su amoroso corazón. Ahora, que hemos conocido, que nuestra propia grandeza solo se manifiesta estando unidos con nuestro Padre celestial, resueltos estamos á no separarnos más de Él, á no desecharle más de nuestros corazones. Nosotros, en verdad, tendremos que sostener una cruda guerra por parte de nuestros enemigos declarados; mas, por otro lado, nos anima ¡oh María! vuestra piedad, vuestro amor y vuestra protección. Amparados bajo vuestro manto, sostenidos con vuestra mano, y defendidos con vuestro poder, nos prometemos, sobre todos nuestros enemigos, los más señalados triunfos, esperamos las más gloriosas victorias. Y así, por vuestra intercesión ¡oh María! permaneciendo siempre unidos á vuestro Hijo sobre la tierra, esperamos, igualmente, vivir unidos á Él por toda la eternidad, en los cielos.

DIA VEINTE Y UNO.

LA MIOSOTIS,

Ó SEA:

LA IMITACION DE JESÚS.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et sequatur me.

Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y sígame.

(MATTH. XVI, 24.)

Bello y sorprendente espectáculo es, mis amados hermanos, el que ofrece un plateado riachuelo, que con la limpidez de sus aguas, su pausado curso, y su caudal reflejando los rayos de un sol el más claro y esplendoroso, va á bañar una tierra cubierta y esmaltada enteramente de flores, durante los frescos y apacibles días de la risueña primavera. Ante aquel placido murmullo del agua, al cual hace eco el suave canto de las festivas avecillas; ante aquel argentino blanquear de las olas, al cual corresponde la pureza de la luz; ante aquella grata frescura, que se desprende sin cesar de las aguas y de las flores, semejante al ténue soplo de aura refrigerante, ó de refrigerante cefirillo; el corazón del hombre no puede menos de sentirse hondamente conmovido, y prorumpir y deshacerse en afectos los más amorosos y los más tiernos. No le perturban entónces las angustias y las zozobras, ni asalta su imaginación ningún pensamiento triste. No saciándose nunca de admirar tan peregrinas bellezas, siempre incierto sobre cuál de ellas debe fijarse, principalmente, su atención; ora dirige sus miradas hácia aquel prado atestado de flores; ora á aquellas olas, siempre bellas y crecientes; y ora, finalmente, las eleva hácia el cielo para contemplar la nitidez de los aires, la pureza de la luz y la majestad del firmamento. Y, precisamente, al levantar y bajar la vista, incesantemente, ¡cuántas nuevas bellezas no le sorprenden, le encantan y le enamoran! Despues de haber ob-

servado con más detención el firmamento para admirar aquel encantador azul, no empañado por mancha alguna, ni alterado por ninguna nube, ni oscurecido por vapor alguno, vuelve á fijar los ojos en el plateado riachuelo, y al verle acá y acullá y en varios puntos, tan admirablemente distinto, fijárasele, en su fantasía, y por el gran número de flores que lo rodean, como un nuevo cielo, adornado y embellecido con aquel mismo azul. Entónces, atónito, acércase á aquellas aguas, contempla con ansiedad aquellas olas; y ¡oh prodigio! aquellos puntos celestes y azules no son otra cosa que delicadísimas flores, cuya gloria consiste en reproducir en sí mismas el colorido del cielo, y en reflejarle sobre las argentinas olas de las fuentes y de los riachuelos. ¡Oh delicada Miosotis! bellas son, pues, tus formas, delicados tus estambres, y sorprendente es tu color. Té-nue es tu tallo, vistosas son tus hojas, diminutas tus flores; tú, solamente, por aquel azul que te distingue, por aquel color celeste, con el cual se tiñe tu corola; tú, solamente, puedes ser parangonada con el azul del cielo; tú, solamente, puedes sorprender con admirable encanto nuestras arrobadas mentes.

¡Oh belleza sorprendente! oh flor sin par elocuente! oh augusta Reina de los cielos! á quien yo reconozco en la terrenal Miosotis; ¿de dónde dimana la belleza de vuestro aspecto, lo encarnado de vuestras lágrimas, lo sorprendente de vuestro color? Y ¿por qué mi alma no sabe separarse de Vos? ¿Por qué mi corazón no se sacia jamás de admiraros? ¿Por qué nunca quisiera cesar de encomiar vuestras grandezas? ¿Qué es, pues, lo que en Vos sorprende mi mirada, atrae mi corazón y tiene extático mi afortunado espíritu?

¡Ah! ya os lo he manifestado, mis amados oyentes; es aquel matiz celestial, tan admirablemente reproducido por aquellas místicas hojas, es aquella divina semejanza, tan fielmente imitada, por nuestra Madre santísima. Hé ahí por qué Ella arrebató á todo corazón, atrae á toda alma, eleva todo entendimiento. Hé ahí lo que hace afable su mirada, suave su palabra, grato su semblante. Es una criatura, que ha sabido hacerse viva imagen de su Hacedor; es una mujer, que ha sabido imitar á su Dios; y Ella es, á la vez, mujer y criatura, que está gritando á nuestros corazones: imitad, sí, imitad á vuestro Dios; y al propio tiempo que nos recuerda y nos impone el deber de imitarle, nos ofrece y demuestra el modo de hacerlo.

Y nosotros ¿cómo nos portamos? ¡Ah! no os arredreis, cristianos, ante lo árduo de tal empresa! Un divino modelo nos fué dado por el Altísimo, y conformando con él nuestra vida, llegaremos todos al fin de la divina imitación. El modelo es Jesús; y el deber que nos incumbe,

es, imitar su vida interior y exterior. Examinémoslo, pues: la celestial Miosotis, nuestra Madre María, iluminará nuestros pasos. A. M.

Aprended, decía un día el divino Redentor á sus discípulos: aprended de mí, á no revestiros de poder y de gloria; á no distingueros por la fuerza de los prodigios; sinó á ser humildes y mansos: *discite quia mitis sum*. Y á fin de que los Apóstoles comprendieran bien el valor de tal mandato, y no se contentaran con una simulada, ó aparente, imitación; imitad, añadía, imitad en mí la mansedumbre que parte del fondo del corazón: *Discite a me quia mitis sum et humilitis corde*. (MATTH. XI. 29).

En dicho precepto ¡oh cristianos! se nos manifiesta con toda evidencia la voluntad del Altísimo, la cual, precisamente, nos manda imitar en nosotros mismos sus divinas perfecciones, y, en primer lugar, las interiores y del corazón.

¿Cuál, fué, pues, la vida interior de Jesucristo? Una vida de humildad y de recogimiento; una vida de perfectísima unión con su Padre celestial; una vida de absoluta dependencia de su divino Generador. Leed las sagradas Escrituras, y allí vereis la protesta del Redentor, diciendo, que había venido á la tierra para cumplir, no su propia voluntad, sinó la voluntad santísima de su Padre eterno. Proseguid en dicha lectura, y vereis, igualmente, que nuestro divino Maestro nos asegura, que nunca se apartó de su Padre celestial, sinó que siempre estuvo unido á Él con los vínculos más perfectos del amor, hasta el punto de quejarse respecto de Él, clavado en la cruz, porque le había, en cierto modo, abandonado. Proseguid todavía registrando aquellas páginas sacrosantas, y en ellas vereis, que el divino Redentor vivió en el más profundo recogimiento, desde que nació, hasta el principio de su apostolado. De suerte, que, ni aún cuando Él se manifiesta á la tierra, con toda la fama de sus prodigios, con todo el esplendor de su sabiduría, y con el cúmulo de sus misericordias, puede decirse, que sea manifiesta su vida interior, descubierto el fondo de su corazón: así se observa, que cuando trata de revelar á su Padre la plenitud de sus afectos, se aparta de sus discípulos; que cuando las muchedumbres le rodean, se aleja; y cuando descubre á algunos de sus discípulos predilectos la gloria de que se halla revestido y adornado, les ordena, con riguroso precepto, que no la revelen á ninguno. Y la grandeza de su alma, la divinidad de su persona, y el poder de su brazo, sólo se manifiestan por medio de unas obras, que fueron objeto de escarnio, de irrisión y de sarcasmo.

Y ¡ah! ¿quién fuera capaz de explicaros, cuál fué la pureza de sus

pensamientos, la elevacion de sus afectos y la santidad de sus deseos, en medio de la soledad de su corazon? Siendo la cabeza de la grey, llamado sacerdote del pueblo santo de Dios, ¡oh! su vida interior no podía dejar de corresponder á tan sublime excelencia; y aquellos amorosos transportes del huerto de Getsemaní, que reasumen su vida entera, nos revelan, clarísimamente, que pasó su vida léjos siempre del mundo; siempre unido con su Padre celestial, siempre sometido á sus eternos designios. Y en una vida semejante ¿qué virtud podía faltar á su corazon, qué otros méritos podían apetecerse en su alma divinísima?

¡Oh! sí, hermanos míos; reconozcamos en aquel corazon al justo, al santo, al inocente, al inmaculado, segregado de los pecadores; reconozcamos en él á nuestro Dios, á nuestro Maestro, á nuestro prototipo, y á nuestro modelo. Sí, á nuestro modelo; porque, segun nos enseña San Gregorio, El vino á la tierra en la humildad, para ser visto de los hombres, é imitado por ellos: *Venit ut videatur, et videri vult ut imitetur*. Y por eso, añade san Buenaventura, fué enviado á la tierra por el Padre como el camino, la verdad y la vida de los hombres; para enseñar á todos, con su ejemplo, el camino de la virtud; y como quiera que todos ellos fueran criados á imágen de Dios, todos ellos debían de ser igualmente regenerados á imágen de Jesús. Y no estais, acaso, oyendo como El os dice: vosotros sereis santos, porque santo soy yo mismo? *Sancti eritis quia ego sanctus sum?* (1 PETR. 16.) como si dijera: vosotros sereis santos con mi propia santidad, adquiriéndola con la imitacion de mis virtudes. ¿Qué es, pues, lo que El quiere darnos á entender, cuando nos invita á acudir á su seno, asegurándonos, que encontraremos allí un refrigerio en los trabajos, un lenitivo en las penas, y un consuelo en los dolores?

¡Ah! El, ciertamente, no quiso significarnos con ello otra cosa, sino que nos llamaba á la imitacion de sus virtudes. Venid, pues, á mí, nos repite: yo soy el camino que conduce á la paz; mas ese camino sólo se encuentra siguiendo mis huellas: venid á mí, yo soy la verdad, que puede ofrecer el contento de vuestro espíritu; mas esa verdad sólo se alcanza subiendo al monte, al cual yo subí de la cristiana perfeccion: venid á mí, yo soy la vida de vuestros corazones; mas esa vida, no la goza, ciertamente, aquel que vive alejado de mi amor, aquel que no se une y no se identifica con mi divino corazon. Venid á mí; haced vuestra morada en mi seno; permaneced conmigo.....

Mas ¿cuál es el medio, oh cristianos, de permanecer con Jesucristo? Escuchemos al discípulo amado sobre este punto: seguir el

mismo camino que Cristo recorrió, *sicut ille ambulavit, et ipsi ambulare* (1. JOANN. II. 6). ¿No siguió Jesucristo el camino de las humillaciones? Pues, bien; nosotros debemos buscar en éstas la delicia de nuestro corazon, el ornato de nuestra alma, el reposo de nuestro espíritu. Viviendo ocultos para el mundo, ignorados respecto de la tierra, conseguiremos manifestarnos solamente al corazon de Jesús; buscando solamente su aprobacion, su aliento y su consuelo. ¿No siguió Jesucristo el camino de su union con su Padre celestial? Por lo tanto, á nosotros nos incumbe dirigir hácia El nuestras miradas en todas las circunstancias, implorar su auxilio, permanecer con El durante todo el curso de nuestra vida. ¿No siguió Jesucristo, finalmente, el camino de su absoluta dependencia de su divino Generador? A nosotros nos corresponde, por lo mismo, sujetarnos en todo á nuestro Padre celestial, escuchar su voz, ejecutar sus mandatos, y cumplir sus preceptos.

Y ¿qué ejemplo tan brillante no tenemos, de todo eso, en nuestra Madre santísima? ¡Oh! Ella, cual espiritual Miosotis, que sólo se embellece con las bellezas celestiales, que sólo se matiza con los colores divinos, y parece un cielo sobre la tierra; un cielo, que no está cubierto por ninguna nube, ni oscurecido por vapor alguno; un cielo, el más esplendoroso y sereno; bien podía exclamar, que se había hecho en todas las cosas semejantísima á su Amado, que se había convertido sobre la tierra en la imágen más perfecta de Dios. De ahí, aquel abismo de humillacion, en el cual Ella vivía siempre oculta é ignorada para la tierra, únicamente manifestando á su Dios el fondo de su enamorado corazon. Y así veis, que al ser saludada por Elisabeth cual Madre del Verbo, llámase á sí misma la esclava; que cuando se halla á punto de ser abandonada por José, disimula y enmudece; que al ser visitada por los Magos y los pastores, procura tener oculta su propia dignidad; que cuando se refugia en Egipto, no revela su persona; que al volver al seno de su pueblo, preséntase cual esposa de un hombre oscuro, de un mero artesano. Y en la humillacion de su corazon ¿cuán íntima no fué su union con Dios?

Así nos lo demuestran, hermanos míos, aquellas miradas apasionadas con las cuales contemplaba sin cesar á su Jesús Niño; así nos lo prueban aquellos besos tiernísimos que imprimía en su celestial rostro; así nos lo indican aquellos abrazos amorosos, con los cuales le estrechaba contra su inmaculado seno. Y ¿acaso no nos ofrece, igualmente, una prueba de su union con Dios, aquella solicitud que Ella muestra al buscarle, cuando le ha perdido, y no por culpa suya, ciertamente; aquella firmeza inquebrantable, con la cual va siguiendo

sus pasos, en los viajes de su apostolado; y, por último, aquella asistencia tan asídua que le presta á los piés mismos de la cruz, sin abandonarle, ni aún en el acto, en que su vista era una cruelísima espina para su corazón, una espada para su espíritu y un inaudito martirio para su alma?

Y ¿no llamaremos, asimismo, un efecto de su union con Dios, á aquel arrobamiento que Ella siente en presencia de cuantas maravillas la rodean; por ejemplo, al contemplar los resplandores del sol, la majestad del firmamento, la pureza de la luz, la belleza de las flores; y al oír el canto de las aves, al considerar, en una palabra, cuanto le recordaba la sabiduría, la bondad y la omnipotencia de su Padre celestial, de su Hijo predilecto y de su Esposo divino? Y ¿qué decir, finalmente, de aquella fiel sumision que Ella mostró siempre á los designios del Eterno? Para conformarse con la voluntad del Altísimo, Ella aceptó el ser Madre de Dios; para conformarse con la voluntad del Altísimo, ofreció Ella misma al Padre, á su Hijo; para conformarse con la voluntad del Altísimo, nos aceptó á todos nosotros por hijos suyos, que debíamos ser engendrados con la inmensidad de los dolores, curados con innumerables heridas, y reanimados con el profundo sueño de la muerte. De ahí, aquel ardor jamás interrumpido, con el cual Ella procuraba conformar su corazón con el de su Amado, humilde y paciente, fuerte y generoso, caritativo y celoso, puro y elevado, fecundo y divino; y no solamente procuraba conformar con Él su corazón, sinó toda su persona, y su vida, sin reserva alguna.

Eso nos demuestra, que para que nuestra imitacion sea perfecta, no basta asemejarse al divino modelo en el interior del corazón, sinó que es necesario, además, imitarlo en su vida externa, en sus operaciones exteriores. Procurad, pues, meditar bien ¡oh cristianos! lo que fué esa vida exterior de Cristo. Considerada bajo el punto de vista que os plazca, ¿qué notareis en ella? Una vida que, examinada en sí misma, es una vida de pruebas, de tribulaciones, de cruces, de cristiana austeridad; una vida, que se reserva para sí misma las amarguras y los dolores; que no saborea uno siquiera de los deleites y los placeres, que tanto abundan en la tierra; una vida, que, satisfecha con todo aquello que es indispensable para su conservacion, huye de todo lo restante, lo desprecia y lo condena. Si prefirierais considerar dicha vida en su relacion con los hombres, se os apareceria como una vida de beneficencia y de proteccion, que pasa derramando sus misericordias; devolviendo á unos la salud, resucitando á otros, absolviendo á estos de sus culpas, y volviendo á aquellos á la

fé; ora esperando con paciencia el arrepentimiento del culpable; ora levantándole con amor de su funesta caída; predicando á todos la vida; consolando á todos en sus miserias, y ofreciendo por todos el premio de su sangre sobre el ara de la cruz. Y si esa vida fué tan benéfica respecto de los hombres; ¿cuál creis, pues, habrá sido ella, respecto de su divino Padre? Una vida de celo, de amor y de piedad. Y así vosotros podeis verla tal en el Templo, cuando arroja de él á los profanadores; en medio de las muchedumbres, cuando les descubre los más sublimes misterios; en la cruz, cuando dirige á Dios las preces de sus lábios.

¡Oh, miseros mortales! ¿de qué rubor no deberían, pues, cubrirse vuestros rostros ante ese divino modelo? ¿Acaso, mientras vivis sobre esta tierra, no sois vosotros todos, los que anhelaís sus placeres y deleites, los que estais soñando riquezas? ¿No buscáis honores, no apeteceis todo aquello que puede eximir de las tribulaciones, de los dolores, de las lágrimas y de las penalidades? ¿No sois vosotros, por ventura, los que, viviendo siempre en contacto con vuestros semejantes, despreciais, sin embargo, su miseria, aborreceis su pobreza y ultrajais su ignorancia; oprimiéndolos, si son débiles; abandonándolos, si están enfermos; engañándolos, si son cándidos, y haciéndoles traicion, si son ricos? ¿No sois vosotros los que descuidais el honor de vuestro Dios; los que no procurais la manifestacion de su Nombre, los que no invocais el auxilio de su poderoso brazo? Y ¿cuándo se han de grabar en vuestra memoria estas solemnes palabras: Yo os he dado el ejemplo á fin de que vosotros lo sigais? *Exemplum dedi vobis ut... ita vos faciatis.* (JOANN. XIII, 15). Y ¿no es, acaso, vuestro Dios, el que está diciendo sin cesar á vuestra alma: *Inspice et fac?* (Exod. xxv. 40). ¿No ves el ejemplo que ofrece allá, en la cumbre del monte? Reprodúcelo, pues, en tí mismo: *Inspice et fac.* A vosotros se os dice: ¡Oh ricos de la tierra! mirad á vuestro Dios en la pobreza y en la miseria: imitadle. A vosotros se os repite: ¡Oh pobres y mendigos! mirad á vuestro Dios, que no desea las riquezas: imitadle. Y ¿por qué te lamentas, tú ¡oh atribulado y oprimido? *Inspice et fac.* Y tú ¡oh enfermo y desvalido! ¿por qué lloras? *Inspice et fac.* Mirad vosotros todos, los que engolfados en los placeres de la tierra, olvidais á vuestro Dios; vosotros, que, por ser cobardes ó perversos, no sabeis mostraros celosos de su honor, ni contar sus glorias, ni alabar su nombre; vosotros todos, pues, *Inspicite et facite.* ¿Sois acaso hijos de María? ¿Os gloriais con este título? Imitad, imitad siempre á Jesús.

¡Oh tierna Madre! verdadera y constante Miosotis, siempre azul,

porque siempre eres celestial. ¡Ah! despertanos de nuestro letargo con tu luminoso ejemplo. Y ¿por dónde principiaremos ¡oh cristianos! para indicaros la perfeccion, con la cual copió María en sí misma al divino modelo? Bien que ella descendiera de régia estirpe, la pobreza fué la compañera de sus días; y, sin embargo, contentándose con lo poco que puede ganar con el trabajo de sus manos, no busca, ni ambiciona, ni procura acumular bienes de esta tierra. Muy al contrario; si alguna mano generosa se los ofrece, apresúrase á darlos á los necesitados y á los mendigos. Las cruces, las tribulaciones y los padecimientos; tales son los deseos de su enamorado corazón. Léjos de sentir apego alguno á las cosas de la tierra, no vive en ella, sinó, solamente, para hacer bien á sus semejantes. Y Ella es en casa de Elisabeth, la esclava y la sierva; entre los pastores, la consoladora y la protectora; en las bodas de Caná, la medianera y la abogada; entre los Egipcios, la consejera y la maestra. Lloro la iniquidad de su pueblo, implora el perdón por sus hermanos, apresura, con sus suspiros, la Redencion y la vida.

Bien que atenta á favorecer al prójimo, no olvida, por otra parte, á su Dios; y le adora en la sencillez de su corazón; muéstrase celosa de su honor en medio de una bárbara nacion, entre un pueblo corrompido, anunciando á todas las gentes sus glorias, sus maravillas y sus grandezas. Y cuando, por fin, se halla enteramente revestida de aquel espíritu que la une enteramente á Dios, le magnifica con su cántico inmortal, le ensalza cuando reside en medio de los Apóstoles, cual maestra; ofreciéndole en todas partes el homenaje de su sinceridad y gratitud. Y le ama, le bendice, le invoca, le llama, para que le sirva de apoyo; le desea, para que le sirva de alimento; le implora, para que sea su reposo. Dios, pues, no puede dejar de comunicarse con ella, con la abundancia de sus gracias y de sus celestiales consuelos; y todo eso sólo sirve para perfeccionar en María la imágen de su Amado. Así vereis como Ella le imita en el candor de su vida, en la inocencia de sus costumbres, y en el esplendor de sus virtudes. De Él toma la inocencia de su mirada, la sonrisa de sus labios y el pudoroso carmin de sus lágrimas. Así veis, igualmente, como le imita en la gravedad y la sabiduría de sus razonamientos, en la santidad de sus pensamientos, y en la abundancia de sus obras. En suma, preciso es llamar á María cielo terrenal, que refleja con vivos resplandores el cielo divino; luz terrestre, herida por los rayos de la claridad eterna; terrenal Miosotis, que en nada se distingue del azul del firmamento.

Carisimos hermanos; harto claras son las pruebas, y harto grandes los ejemplos. Y ¿qué pudiera añadir yo, infeliz, ahora, para exci-

tar á tal imitacion? ¡Ah! imitad, imitad á vuestro Dios, á vuestro divino modelo, al Redentor Jesús. El lo quiere, vosotros teneis de ello necesidad, y María os facilita el medio. Imitadle en su vida interior, vida de humildad, de recogimiento, de sumision y de union; imitadle en su vida exterior, de sacrificio, de beneficencia y de piedad. Sea el Crucificado vuestro libro predilecto, que debéis leer todos los días de vuestra vida. Leedlo interiormente, y aprended á vivir en la oscuridad y en el silencio; procurando siempre alejar de vuestro ánimo el deseo de hacer ostentacion de vuestros merecimientos, y de buscar la aprobacion y los aplausos de los hombres; aprended la obediencia que es debida al Señor en la observancia de su ley, y en la ejecucion de su eterna voluntad; procurad conservar la union con Dios, en vuestras acciones, vuestros pensamientos y vuestras palabras; en todas las obras, aún las más insignificantes, de vuestra vida. Leed, igualmente, dicho libro por fuera; y aprended de él, que las cruces son la riqueza del hombre; que el amor es la divisa de todo cristiano; que la piedad es el más bello y el más necesario ornamento de todo verdadero fiel. Y cuando el orgullo se sienta mortificado, cuando la naturaleza se muestre recalcitrante, y cuando, por último, el infierno, enfurecido, os combata; fortaleceos con el ejemplo de María, con las escitaciones que os dirige esa Madre santísima.

Si, ¡oh Virgen santísima! en medio de la debilidad de nuestro sér, en medio de la rebeldía de nuestras pasiones y en los asaltos de nuestros implacables enemigos, Vos, solamente, podeis excitarnos al acto más noble de nuestra vida: á la imitacion de nuestro Dios crucificado. Este quiso ser, no sólo nuestro Redentor, sinó, además, nuestro Maestro, nuestro ejemplo y nuestro prototipo; y no cesa ni un instante de excitarnos á la imitacion de sus virtudes; mas nosotros, ¡ah! nosotros, Madre amorosísima, no hemos seguido sus pisadas, hemos apartado siempre nuestras miradas de su vida divina; y en vez de teñir nuestras flores con el azul celestial, las hemos dejado pálidas, amortiguadas, sin color ni vida alguna. ¡Oh! dichosos nosotros, por haber encontrado en Vos aquella voz que nos estimula, el ejemplo que nos obliga, y la seguridad del auxilio. En tal auxilio, pues, depositamos ahora nuestras esperanzas; y convencidos ya, de que debemos ser enteramente semejantes á vuestro Hijo, nos proponemos, desde este momento, imitarle. Mas, á este nuestro decidido propósito, hará seguramente guerra el mundo, se resistirá la carne, y se opondrán nuestras indómitas pasiones; no obstante, Vos, celestial Miosotis, así os lo suplicamos, procurareis ser nuestro firme apoyo, nuestro poderoso socorro, y la más segura defensa.